

## La seducción y los *savoir-vivre* o el arte de ser malvado pero educado

### SEDUCCIÓN Y SAVOIR-VIVRE, UN MISMO MUNDO

Durante mucho tiempo me fascinaron esas obras del siglo XVIII francés en las que el autor afirmaba en los prólogos lo contrario de lo que nos iba a contar luego en su novela. El mundo está lleno de peligros, nos decían, y las niñas inocentes son sus víctimas. A ellas les está destinado este libro donde se les muestran los abismos en los que pueden caer para que los distingan llegado el caso. Para que puedan reconocer a un Valmont o para que aprendan a desconfiar de las Merteuil y sus apariencias. Nos las vendían como una especie de *educación sentimental* destinada a jóvenes inexpertos/-as.

Pero lo que sucedía en realidad es que si alguna joven inocente e ingenua recién salida del convento, como Cécile, llegaba a leer ese libro, la pintura del supuesto vicio era en él tan atractiva que más quería la jovencita hacerse del partido libertino que huir de él. Se me dirá que estoy utilizando los argumentos de sus censores y detractores. Puede ser. Pero no deja de ser verdad que estas obras de apariencia educativa lo eran mucho menos de lo que declaraban sus autores, o no lo eran en el sentido en el que daban a entender.

Cierto es que la educación era una obsesión del siglo, como sabemos. Y que toda la producción literaria se tildaba de didáctica porque sólo era legítimo deleitar a los demás a condición de instruir al tiempo.

También, en un juego especular, la educación era elemento diegético. Se convertía en tema de discusión, en objeto de debate o de puesta en escena. Cécile Volanges, en *Las Amistades peligrosas*<sup>1</sup>, ha sido (mal) educada en un convento. La Presidenta de Tourvel tiene el mismo problema, por mucho que hasta su encuentro con Valmont todo pareciera haberle salido bien. La Merteuil se auto-educaba y nos lo cuenta.

Laclos se preocupa pues, como sus contemporáneos, por la educación, y en concreto por la de las mujeres. Su interés a la hora de responder a la pregunta de la Academia de Châlons<sup>2</sup> sobre cómo perfeccionar la educación femenina es un

\* Profesora de la Universidad del País Vasco.

1 A modo de orientación puede utilizarse la traducción de Cátedra.

2 Ya antes se habían preocupado por la cuestión de la educación femenina Fénelon, Mme. D'Épinay y Rousseau entre otros. Prueba de que era un tema que interesaba al siglo, y en especial a la época de Laclos, es que ya antes (1777) que la de Châlons, la Academia de Besançon había lanzado una pregunta similar (a la que respondieron Mme. Roland y Bernardin de Saint-Pierre) y tras la de Châlons, un año después, lo haría la de Rouen.



claro ejemplo. También en su correspondencia con Mme. Riccoboni, subraya hasta qué punto «se ha ocupado de ellas». En *Las Amistades* retoma un tema que ya había tratado Diderot en su *Religiosa* y que inquietaba a sus contemporáneos, a saber, la justeza o no de la educación conventual de las niñas nobles o burguesas. ¿Por qué, en efecto, confiar la educación de unas niñas ignorantes del mundo pero destinadas a formar parte de él a unas mujeres que han decidido renunciar a él?

¿Qué ha aprendido Cécile, nuestra joven ingenua, en el convento? A tocar el harpa y a dibujar. Pero en cuanto un hombre le pide entablar correspondencia con ella ya no sabe lo que es justo y lo que es injusto, lo que está bien y lo que no, ni siquiera cómo escribir una carta. Danceny, su profesor de música y caballero enamorado, lo dirá al final de la obra: pobre víctima, que llegó al mundo a la edad de quince años, con una «ignorancia semejante del bien que del mal».

En cuanto a Madame de Tourvel, la educación monástica la ha hecho virtuosa, cierto, pero ¿hasta cuándo? Y llegado ese momento, ¿qué armas le ha dado su educación para protegerse de la desesperación? El convento le servirá sólo como refugio último a las puertas de la muerte. Inocencia no quiere decir ignorancia<sup>3</sup>, precisa Laclos.

Pero además la inocencia no es posible<sup>4</sup> en un mundo real en estado de guerras y tensiones, como es la corte parisina y sus satélites, así que Laclos da una respuesta radical a la pregunta *cuáles serían los medios para perfeccionar la educación de las mujeres*. Contesta: *no existe ningún medio de perfeccionar la educación de las mujeres*. No puede mejorarse de ninguna manera. Habría que hacer una mujer distinta dentro de una sociedad distinta.

Mientras, Laclos nos propone en *Las Amistades peligrosas* la única solución realista: la educación implacable y solitaria que Madame de Merteuil se procura a sí misma. Y que relata en la famosa carta LXXXI. En ella nos explica los progresos que ha ido haciendo en el fingimiento, cómo ha ido aprendiendo sola a comportarse de una manera diferente con cada persona y en cada situación. Madame de Merteuil no es malvada. Es la mujer de todas las situaciones. Que sabe estar con todos y en todas las circunstancias. Sabe nadar y guardar la ropa. Sabe fingir para sobrevivir pero ha aprendido a preservarse su espacio de placer, al que no quiere renunciar. Y todo lo ha aprendido sola, leyendo: *Estudié nuestras costumbres en nuestras novelas; nuestras opiniones en nuestros filósofos; busqué incluso en los moralistas más severos lo que exigían de nosotras, y así supe qué podía hacer y qué no, lo que debía pensar y lo que debía aparentar*. Y luego practicando, hasta llegar a tener el talento de un comediante.<sup>5</sup>

3 Cf. la reflexión de René Pomeau a este respecto en sus páginas sobre *Laclos*, «Connaissance des Lettres». París, Hatier, 1975.

4 Cf. Chantal Thomas, prólogo a Laclos, *De l'éducation des femmes* (edición de la contestación a la pregunta de la Academia de Châlons). París, J. Millon, p. 26 y ss.

5 Las ediciones son tantas, y hasta las traducciones al castellano, que a partir de ahora preferimos no remitir a ninguna y referirnos simplemente al n.º de las cartas, siendo fácilmente localizables las citas por este método en cualquiera de las ediciones consultadas.



Es pues realmente innegable que en *Las Amistades peligrosas* el tema educativo es importantísimo. Pero una cosa es la educación de las mujeres como tema, incuestionable, y otra la aserción de Laclos en su «Prefacio del Redactor», donde afirma que *rinde servicio a las costumbres al desvelar los medios que emplean los que las tienen malas para corromper a quienes las tienen buenas*.

Aquí seguía yo aún convencida de que ese barniz pedagógico no era sino un disfraz para alcanzar a un público más amplio, más inocente y subvertirlo mejor.

Hasta que empecé a leer los tratados de educación mundana. Los, como se les llamaba, no hace tanto todavía, *savoir-vivre*. Los manuales de buenas maneras, si se quiere. Pero prefiero el nombre francés, más evocador de ese saber vivir cuyo objetivo debe regir siempre nuestras buenas maneras. A lo mejor la educación de la que hablaban nuestros prologuistas no era tan ficticia, puesto que la detenida observación de los comportamientos de los personajes seductores de estas novelas conllevaba el aprendizaje de unas normas de actuación en el mundo. No se trataba pues de conseguir que los lectores y las lectoras (numerosas en Francia) de estas obras aprendieran a conservar una virtud con la que se nace, sino de enseñarles unos códigos de comportamiento mundano que debían conocer y respetar. O casi. Porque la literatura libertina siempre tiene doblez. Pero lo que sí es cierto es que después de leer *Las Amistades* sabe uno mucho más de *politesse* que antes.

También durante mucho tiempo pensé que el arte de la seducción era un arte autónomo, con sus propias reglas. Pero después de acercarme con atención, como decía, a los *savoir-vivre* leídos en la época, me di cuenta de que no sólo uno aprendía a comportarse en sociedad gracias a esos refinados nobles autores-personajes de novelas, sino que los autores parecían conocer los tratados de buenas maneras a la perfección y seguían casi paso a paso sus instrucciones, haciendo actuar a sus personajes tal y como debieran según aquellos manuales.

Recordé el problema que nos planteaba a muchos el hecho de que Laclos fuera autor de un tratado como, *De la educación de las mujeres*,<sup>6</sup> tan rousseauiano él, tan inequívoca y virtuosamente defensor de una «mujer nueva» y pura, que casi teníamos que aceptar que *Las Amistades peligrosas*, publicadas un año antes, eran de verdad un libro provechoso para la educación de las jovencitas que evitarían con su lectura caer en las garras del libertino mundano. ¿Cómo, si no, puede ser uno tan libertino y tan rousseauiano al mismo tiempo? Y, ade-

<sup>6</sup> En efecto, Pierre Ambroise Choderlos de Laclos decidió, en marzo de 1783, contestar a la pregunta de la Academia de Châlons-sur-Marne: *Cuáles sería los mejores medios para perfeccionar la educación de las mujeres*. Comenzó con un *Retrato de la mujer natural*, lo dejó inacabado, lo retomó y por fin escribió un texto titulado *De las mujeres y su educación*. Ambos textos han sido reeditados bajo el título *De l'éducation des femmes* en Grenoble, Jérôme Millon, 1991, y presentados magníficamente por Chantal Thomas.



más, ¿cómo dos proyectos tan opuestos, desde todos los puntos de vista, se escriben casi simultáneamente?

Sólo cabe una solución, a la luz de esos tratados de *savoir-vivre*. No era Laclos la excepción de su siglo, y lógicamente se preocupó pues por la formación de los/las jóvenes. Así que hizo dos libros educativos, uno para que las jovencitas que no aprenden nada provechoso en los conventos sepan cómo comportarse en sociedad y no caigan en las inconveniencias en las que caía Cécile. Muy práctico y nada moralizante. Hay que comportarse así, hay que saber guardar las apariencias y desconfiar de las ajenas, hay que comportarse *comme il faut* en todo momento. Y le puso el título de *Las Amistades peligrosas*. La educación mundana ha de enseñarnos, ante todo, a desconfiar y, en revancha, a ganarnos la confianza de los demás. Y otro para poder decir cómo le gustaría que fueran las mujeres si no viviéramos en el mundo en el que vivimos. Una utopía educativa para soñar con una mujer totalmente nueva. Y le llamó *Retrato de la mujer natural*.<sup>7</sup> Proyectos, así considerados, perfectamente compatibles y coherentes.

De la misma manera que Lord Chesterfield cuando escribe a su hijo, que Madame de Genlis con su *Espíritu de las etiquetas* destinado al aprendizaje de la gran Duquesa Elisa, hermana de Napoleón recién llegada a París, Laclos lo que pretende no es hacer de quienes le leen personas virtuosas sino capaces de mantener su condición de seres con voluntad propia en la sociedad en la que están obligadas a vivir. Y ello sólo es posible enseñando las maneras que rigen los comportamientos sociales dominantes. Así que, finalmente, *Las Amistades peligrosas*, como muchas de las novelas libertinas que le precedieron,<sup>8</sup> son novelas menos cínicas y más instructivas de lo que creíamos. La única diferencia es que no se trata aquí de una instrucción moral, religiosa o laica, sino de una instrucción de costumbres. Se aprende cómo vivir y comportarse en «buena» sociedad. Sin juzgar dicho comportamiento moralmente.

## LA POLITESSE

Los siglos XVII y XVIII son los siglos de la *politesse* en toda Europa. De una *politesse* que ya no es la estrictamente curial, como la renacentista difundida por

<sup>7</sup> Título que dio a la primera respuesta a la pregunta de la Academia de Châlons. La dejó inconclusa y por fin hizo una nueva redacción que tituló, definitivamente, *De la educación de las mujeres*.

<sup>8</sup> *Los extravíos del corazón y del espíritu* de Crébillon es probablemente el ejemplo más claro anterior a *Las Amistades* y que merecería un estudio propio desde esta perspectiva. Primero las mujeres mundanas (según los tratados de buenas maneras desde la Antigüedad, las mejores iniciadoras a las normas de comportamiento social han sido las mujeres, con cuyo «comercio», dice Lord Chesterfield a su hijo, se refinan los hombres, se civilizan), luego Versac inician a Meilcour en el comportamiento en sociedad, en los principios de la galantería, por supuesto. Es famoso, en este sentido, el monólogo en el que Versac decide iniciar y aconsejar a Meilcour.



todas las cortes desde Italia (con Castiglione, Della Casa, Guazzo,<sup>9</sup> también desde España con Gracián), sino de espectro social más amplio, podríamos decir urbano.

Para ver el salto cualitativo que conocen las sociedades de las grandes urbes europeas en esta época, sobre todo desde finales del siglo XVII y durante todo el siglo XVIII, periodo de nuestras novelas, no está de más recordar que los tratados renacentistas, todavía reeditados y retomados en textos franceses a principios del siglo XVII aconsejaban cosas como: no chupar el cazo de la sopa después de servirse y antes de dejarlo en la sopera, no escupir en los salones, no gritar cuando se bosteza, no mirar el pañuelo después de sonarse, no llenar de saliva la cara del otro cuando hablamos con él, no prepararse para hacer las necesidades íntimas mientras se habla con alguien...

El avance parece, cuando leemos los textos del siglo XVIII, cuando vemos cuadros de la época que representan acontecimientos sociales, increíble. Pues el milagro se opera, además de por los avances en materia de confort vital en las casas y en el espacio ciudadano en general, por obra y gracia de la práctica del primero de los actos sociales: **la conversación**. Se ha dicho que el siglo XVIII fue en Francia, pero también en toda Europa, el siglo de la conversación. Y es cierto. Las reglas generales que pueden extraerse de los manuales de esa época<sup>10</sup> a propósito de la conversación son: interesarse por el interlocutor evitando en lo posible hablar de uno mismo y si se hace, con mucha modestia; no interrumpir al otro cuando habla, escucharle atentamente, no sugerirle palabras ni acabarle las frases; si se incorpora otra persona a la conversación, terminar rápidamente lo que se está diciendo e interpelar a la persona en cuestión para que hable a su vez; no hablar ni demasiado tiempo ni demasiado lentamente, para no aburrir; interesarse por los demás sin caer en la curiosidad; la voz debe ser moderada, el tono ni alto ni bajo, el timbre ni demasiado agudo ni demasia-

9 En España se conoce *El Cortesano* desde 1543 gracias a la traducción de Boscán, la misma que tenemos hoy. El *Galateo* de Della Casa parece ser el texto más apreciado en España durante los siglos XVII y XVIII, puesto que se conocen ocho traducciones españolas por cinco traductores diferentes entre 1680 y 1796. Cf. A. Montandon, «Esquisse bibliographique», en *Traité de savoir-vivre italiens*, estudios reunidos por A. Montandon, Clermont-Ferrand, Univ. Blaise Pascal, 1993. Para el tema de los *savoir-vivre* en general y de los tratados de *politesse*, los innumerables trabajos de A. Montandon y su equipo de la Univ. Blaise Pascal son fundamentales. Enumerarlos aquí todos sería imposible. Nos referiremos a una de sus recientes publicaciones, la más divulgativa, y que aconsejamos al lector no iniciado por su amenidad, brevedad y profundidad a la vez: Alain Montandon, *Politesse et savoir-vivre*. París, Anthropos, 1997.

10 En el siglo XVII hay en Francia, entre otros, los textos fundamentales de: Faret, *El Hombre honesto y el arte de gustar en la corte*, las Obras del caballero de Méré y la trilogía de Courtin, *Tratado de la civilidad*, *tratado del pundonor* y *tratado de los celos*. En el siglo XVIII, las *Cartas a su hijo* del lord inglés Chesterfield, el tratado del Comercio con los hombres del alemán Knigge, el *Curioso tratado sobre los encantos del amor conyugal* del sueco Swedenborg, así como los *Ensayos* de los franceses Moncrif y Toussaint. Sobre estos *savoir-vivre* del siglo XVIII y su concepto de amor *poli* versó mi intervención en el Congreso *Eros varius, multiplex, multiformis* organizado por la Universidad de Valencia en 1998 (Actas en París, Desjonquères, 1999).



do grave; no se gesticulará en exceso ni con el rostro ni con las manos o el cuerpo; la mirada acompañará siempre con su juego la conversación, al hablar como al escuchar. Con el único principio de base de, como decía Faret, intentar gustar a los demás.

La *politesse* es además, y en buena parte, una cuestión de estética. Es decir, que para que alguien nos agrade por su manera de hablar, tiene que tener una **presencia agradable**. Somos, como decía Condillac, animales sensuales, y ante todo hay que agradar a los sentidos. La vista es fundamental.<sup>11</sup> El *je-ne-sais-quoi*, esa cosa que encanta y que no sabemos muy bien en qué radica ni cómo se adquiere no sólo es retórica de la palabra, lo es de la mirada. La apariencia física forma, pues, parte de ese saber estar. Más que guapo/-a, hay que tener encanto, más que un cuerpo perfecto, hay que saber moverlo, tener compostura, más que ir vestido con ropa lujosa y llevar muchas joyas, adornos y demás complementos, hay que ser elegante, llevar la ropa adecuada en el momento adecuado y ser original sin caer en la extravagancia. Más que impresionar por la apariencia, hay que tener gracia.

En los *savoir-vivre*, hay siempre un capítulo importante dedicado a las **maneras de la mesa**.<sup>12</sup> El gusto es un sentido importantísimo porque, y así podemos relacionarlo con el sentido genético,<sup>13</sup> está en relación con una necesidad vital, primaria, de supervivencia del individuo y la especie. El gusto ha de ser «domesticado», *poli*, como el amor, para alejar lo más posible al hombre de la bestia, para desanimalizarlo. Así se convierte el gusto en «buen gusto», fruto del cual son las maneras de la mesa, tan importantes en un siglo hedonista como el siglo XVIII y en el marco parisino en el que se movían los libertinos, los ciudadanos, nobles y burgueses en general.<sup>14</sup> Sobrevolemos una mesa del siglo XVIII y veamos algunas de las normas que hay que respetar cuando se recibe o se es recibido para una comida o una cena.

En las maneras de la mesa la conversación vuelve a aparecer como elemento fundamental pues en la mesa se come pero sobre todo se habla con los demás.

11 Evidentemente las apariencias, el buen vestir, el maquillaje, los peinados eran en ese sentido importantísimos. Un traje descuidado, una apariencia *négligée* puede restarle toda la espiritualidad y cortesía del mundo a un personaje en uno de esos salones, templos de la conversación. Véase a ese respecto mi obra *Elogio...*, cit., y el respeto que de la moda guardaban los libertinos, siempre de apariencia impecable, para agradar a la vista de los demás, primera regla de la *politesse* mundana.

12 Este sería un tema inagotable, y su estudio desborda este marco. Su análisis dentro de los manuales de *savoir-vivre* de aquella época como su tratamiento literario y la importancia de las comidas en la literatura del siglo XVIII es un trabajo que tengo en curso y que espero sea objeto de una próxima publicación.

13 También llamado «sexto sentido» por algunos fisiólogos y naturalistas del siglo XVIII. Era el sentido amoroso, y se suponía que era una mezcla del gusto y el tacto (vid. mi libro, cit.) y cuyos órganos eran, lógicamente, aquellos que servían para la procreación, de ahí su otro nombre, «sentido genético».

14 En un momento de ascensión social de la burguesía y de mezcla creciente de una y otra clase en los círculos de élite, como puede verse a la perfección en *Las Amistades*.



Las comidas han de ser mucho más un acto social que la mera satisfacción de una necesidad.

Hay que saber recibir, hay que saber poner bien la mesa. Y poner bien la mesa supone pensar en todo un conjunto de factores, en una época en la que ya se empezaba a sustituir el tablero móvil con caballetes por la mesa fija en una sala destinada sólo a las comidas. Desde la calidad de los tejidos de los manteles y las servilletas individuales que ya habían hecho su aparición refinada con Luis XIV, los cubiertos, platos y vasos (cuya individualidad era también relativamente reciente, siendo la gran novedad el uso del tenedor y el cuchillo personalizados),<sup>15</sup> hasta las flores,<sup>16</sup> centros frutales en forma de pirámide o centros de porcelana de Sèvres que podían ser de motivos mitológicos e ir complementados con alimentos y flores que conformaban un paisaje alrededor de la porcelana. También las naves<sup>17</sup> que contenían las servilletas de los anfitriones o las especias podían ocupar el centro de la mesa. Y la iluminación con velas... y tantas otras cosas más antes de que lleguen los platos a la mesa, o cuando ya están, según se trate de una comida de servicio a la francesa (los platos están ya sobre la mesa) o a la rusa (los platos llegan sucesivamente, muy en boga en el siglo XVIII).

La colocación de los invitados sigue un protocolo muy preciso basado en el respeto de la edad, el sexo y la importancia social del personaje.

Los alimentos deben ser variados, para que todo el mundo pueda comer cosas que le gusten (en revancha el comensal debe comer de todo, pues todo ha de gustarle). Los grandes platos, las aves revestidas con sus plumajes, los animales asados y presentados enteros desaparecen en favor de platos mucho menos copiosos y más refinados, cuya presentación visual y olfativa tendrá tanta impotencia como la gustativa. En cuanto al olfato, se priman los olores naturales de los alimentos estacionales, en detrimento de costumbres anteriores de uso más o menos indiscriminado y abusivo de las especias.

El comensal debe comenzar a comer cuando lo haya hecho el anfitrión, alabar los alimentos sin que éstos se conviertan en el objeto de la conversación de la mesa, comer moderadamente dejando siempre algo en el plato para no dar la sensación de que nos hemos quedado con hambre.

Se deben beber los vinos con moderación, que todavía suelen ser servidos indiscriminadamente, siendo más frecuentes en las buenas mesas los borgoñas, blancos o tintos, y el champán, que causa auténtico furor en el momen-

15 Sólo había una cuchara por persona antes, siendo los tenedores y cuchillos cubiertos colectivos que se usaban para cortar y servir o llevarse el manjar a la boca pero que se volvían a dejar en el plato de servicio. Incluso los platos y vasos individuales fueron haciendo su lenta aparición en la época renacentista en una Europa dirigida en ello por los italianos. Son novedad también los vasos de cristal en lugar de los antiguos de metales preciosos y los platos de porcelana, con la manufactura de Sèvres.

16 En jarrones de porcelana, en centros de plata y oro o simplemente esparcidas por encima del mantel, enteras o en pétalos.

17 Recipientes que se llamaban así por la forma de barco que tenían.



to. Gustan el oporto, el tokaji, el fondillón y el jerez como aperitivos. El anfitrión debe tener bastantes botellas a la vista de los comensales como para que éstos no piensen que puede faltar. Nunca se dejará el vaso vacío de un comensal.

El hombre de mundo nunca carecerá de conversación en la mesa, aunque es responsabilidad del anfitrión que ésta sea rica, variada, del gusto de todos para que todos participen de ella. Relanzará nuevos temas cada vez que vea que la conversación empieza a morir. Mejor antes.

Los cafés, té, chocolates, digestivos, tabaco, etc. son los elementos en torno a los que gira la sobremesa y que puede seguir alrededor de la misma mesa o en otro(s) salón(es).

Hombres y mujeres comparten los placeres de la mesa, cosa que no sucede todavía en todos los países europeos. No es raro ver comer solos a los hombres en Inglaterra, por ejemplo.

Dentro de la educación para saber vivir entra, por supuesto, el aprendizaje de **la música**. Hay que saber apreciar la música y es de buen tono saber cantar y tocar algún instrumento.

Es curioso ver cómo el *Galateo* desaconseja ciertos instrumentos a las mujeres, pero no por su diferente complexión física sino por cuestión de buenas maneras, para que no resulten ridículas. Así, por ejemplo, la gaita. Cuenta Della Casa la anécdota de una mujer que tocaba maravillosamente la cornamusa y un día estaba por el campo y tocando el citado instrumento cuando acertó a pasar delante de un río, se vio reflejada, vio las muecas que tenía que hacer para soplar y se pareció tan grotesca que tiró inmediatamente la gaita al río. E hizo bien, añade el autor. En el siglo XVIII se debate en torno a la corrección o no de tocar el harpa u otros instrumentos que necesiten de una postura «poco femenina» para tocarlos<sup>18</sup>.

Salvando esas cuestiones, que por otro lado van siendo superadas (vemos a Cécile Volanges aprendiendo a tocar el harpa, después de que Madame de Genlis la reivindicara para la *gent* femenina), la música será objeto propio de atención en *soirées* consagradas a ello. Sin celebrarlas una misma persona con excesiva frecuencia, pues podría cansar al público. Se debe cantar o tocar un instrumento cuando nos lo soliciten. Con la mayor gracia y la mayor discreción posible. La brevedad suele ser buena consejera. También suele ser compañía agradable en una comida o una cena cuando los músicos pueden estar en una habitación contigua al salón donde se está comiendo, de forma que su vista no distraiga de los temas que quieran tratarse y el sonido quede mitigado por la distancia y así no dificulte la conversación.

Por supuesto son obligadas las clases de baile para todo aquel que quiera preciarse de urbanidad en un futuro. El profesor de danza es, además, un nor-

<sup>18</sup> Por posturas poco femeninas se entendían la apertura de piernas o de brazos.



malizador fundamental de toda la gestualidad, del dominio corporal, del control de la fisionomía en general.

La **galantería** recubre en los tratados de buenas maneras de la época dos elementos fundamentales de la vida en sociedad, de la mundanidad: la amistad y el amor. En principio es un atributo masculino, y es cierto que los consejos sobre amistad y amor están en los tratados más centrados en los hombres que en las mujeres, que deben adoptar en principio un papel más pasivo, aunque la pasividad, la resistencia también debe ser enseñada. Galantería o sentimentalidad sin caer en la sensiblería, en el libertinaje o en la estrechez, son principios que se reagrupan en esa educación sentimental tan necesaria entonces como ahora pero tan presente en tratados y novelas de entonces y tan ausente ahora.

Hay que ser, pues, galantes, en el sentido positivo que entonces tenía esta palabra (y que hemos de recuperar), tanto con los amigos como con aquellos (en general aquellas puesto que parece obligación, como hemos visto, casi exclusivamente masculina) a los/las que se quiere cortejar.

La **amistad** es fundamental para el hombre mundano. En un entorno en donde las relaciones sociales lo son todo, los amigos son indispensables.

Pero es que además el siglo de la Razón lleva ya unos cuantos lustros enarbolando la bandera de la amistad en contra del amor. No hay más que ver, por ejemplo, las largas peroratas de Madame du Deffand a Horace Walpole sobre la amistad para justificar sus sentimientos hacia el joven y atractivo inglés, siendo ella mayor y ciega.<sup>19</sup> La amistad es un sentimiento razonable, controlable, lógico, que nos acerca a personas de parejos carácter, condición, humor, etc., con las que tenemos mucho en común. El amor es todo lo contrario, pasión loca, incontrolable, que puede arruinar nuestras vidas acercándonos con los ojos vendados a personas dispares y nada convenientes. La literatura del siglo XVIII está llena de ejemplos de esta lógica postcartesiana y de reflexiones y discursos en torno a ella. La literatura libertina no es excepción, antes al contrario, se habla mucho de amistad. No se habla de otra cosa. El libertino intentará convencer a la víctima de sus artes seductoras de que sus intenciones son puras y de que ya que no pueden ser amantes han de ser amigos. Pero ya analizaremos este discurso más adelante.

Volviendo a los *savoir-vivre*, hay que ser exquisito con los amigos, generoso,<sup>20</sup> comprensivo, acogedor y, en general, todo aquello que se ha dicho para con los demás es válido, multiplicado por mil, para los amigos. Se insiste en la importancia de estar siempre disponible para ellos y ser un pilar fundamental para ellos sobre todo en la adversidad. Y no pensar que la confianza permite ser menos atento a las formas, sino ser correctos, galantes con los amigos más aún que con los demás.

19 Cf. El comentario sobre esta correspondencia en: Rosa de Diego, Lydia Vázquez, *Tedium feminae*, Bilbao, Desclée de Brower, 1998.

20 Knigge cuenta en su *Comercio con los hombres* que los amigos más generosos son los enamorados, porque son tan felices que si les pides dinero son incapaces de negártelo.



El amor, como decía antes, es otra cosa. Nada razonable parece. Pero el siglo XVIII, el más normalizador de la Historia, no puede excluir el amor de sus principios de comportamiento social. Sobre todo porque en el siglo XVIII el amor es todavía público. Más que público, mundano. Si bien es la época de advenimiento de la privacidad e incluso de aparición de espacios de intimidad, el amor es un sentimiento legítimo, por lo tanto social. No sólo se puede estar enamorado sino que debe uno estarlo. Los nobles lo contemplan desde una perspectiva más hedonista, e independientemente de contratos civiles entre dos personas. Los burgueses lo contemplan como pilar de un nuevo núcleo social, la familia.

De una extraña hibridación de ambas ideologías nacen las teorías sobre el amor conyugal de los *savoir-vivre* del siglo XVIII, que ocupan un tercio, a veces más, de las obras en cuestión. Resumiendo e intentando sintetizar, estas normas serían las siguientes: las mujeres deben ser recatadas, mostrarse púdicas en una sociedad mezclada, para no provocar la lascivia masculina. Las mujeres deben tener cuidado de no caer en la coquetería por querer ejercer la galantería. En la coquetería o en algo peor. Así pues, debemos mostrarnos libres en nuestra relación con ellos, en las conversaciones, salvo cuando se oyen propósitos atrevidos, frente a los que debemos reaccionar con pudor.<sup>21</sup> Las mujeres son puestas en guardia contra un amor no galante, procedente de hombres pérfidos.

Cuando le hablan de amor a una mujer, debe hacer ésta como que no entiende tal discurso. Si la declaración fuera explícita, se ha de hacer como si no se tomara en serio o creer que se trata de un exceso de *politesse*.

El hombre no debe ofender nunca a una mujer con una confesión abierta y sin precauciones. Le mostrará su afecto menos con palabras, siempre demasiado directas, que con una mirada, un suspiro... Jamás se mostrará celoso. Al revés, si aparecen rivales, estará todavía más atento al menor deseo de la mujer, y se someterá más que nunca a todas sus voluntades. Deberá defender siempre el honor de la dama. Nunca dejará traslucir deseos ilegítimos antes del matrimonio (cláusula añadida en los tratados más burgueses).<sup>22</sup>

En general, se permite dar celos al otro, injustificados en la realidad por supuesto, y siempre antes del matrimonio, para mantener vivo el interés del *partenaire*. Ese tipo de celos es el único justificable, y siempre y cuando la artimaña se ejerza con moderación.

21 Recuérdese cómo se asombra Cécile al principio de *Las Amistades* cuando en las cenas a las que asiste ella es la única mujer en sonrojarse ante la mirada insistente de un hombre (crítica laclosiana a esas mujeres que han perdido la vergüenza y son incapaces de mantener las apariencias de la honestidad).

22 Ya el de Courtin en el siglo anterior tiene, como veíamos, todo un volumen dedicado a los celos dentro del matrimonio, lo que supone una reorientación burguesa del tema del amor en el interior de los tratados de buenas maneras. En los del siglo XVIII, no obstante, coexisten ambos planteamientos. Los consejos de Lord Chesterfield a su hijo son mucho más libres, por ejemplo, que lo que puede decir un Knigge, más atento a la economía doméstica y al amor como fruto de la buena gestión de la empresa familiar.



Si se mantienen relaciones extramatrimoniales con una dama<sup>23</sup> (el caso contrario no existe en estos manuales): no se le dejará por otra mientras ella se mantenga fiel, si él no está casado, y es ella quien lo está, él no se casará mientras tenga relación con ella; nunca se hará pública dicha relación, ni por medio de actitudes que pudieran hacer sospecharlo a los demás, ni contándolo a los amigos, aunque la relación se haya acabado.

En resumen, el código mundano del siglo XVIII prescribe unas normas de comportamiento que, como dice Madame de Genlis,<sup>24</sup> se reducen a unos procedimientos aparentes. Y lo único que condena, en esa vía, es el escándalo, la publicidad de lo que debe ser del orden de lo privado o lo íntimo. Tolera el engaño, la infidelidad, pero revestidos de formas nobles y decentes. Enseña incluso cómo ser ingrato, pérfido y perjuro sin provocar indignación. No se exigía a una mujer, continúa Madame de Genlis, que fuera irreproachable sino que fuera imposible contar ningún escándalo en el que se hubiera visto mezclada ni ninguna incorrección por su parte. Lo que no se le perdona a la marquesa de Mer-teuil no es su libertinaje sino sus errores, los que la han conducido a ser objeto de escándalo.

## NORMAS PELIGROSAS

Volvamos pues a las *Amistades* como puesta en práctica, como ilustración de las normas antes enumeradas.

Valmont es el perfecto caballero, un modelo de galantería. Eso le hará ejemplar a los ojos de la Presidenta de Tourvel, que caerá en sus redes, pero también lo será para quienes quieran conseguir sus fines como seductores. En la carta VI, Valmont, ya en el campo en casa de su tía donde está pasando una temporada invitada la Tourvel, empieza a desplegar sus artes: conduce a su tía y a su víctima, durante un paseo por el campo, a través de terrenos sinuosos y él, como buen caballero, debe coger de la mano a la Presidenta. Un pequeño resbalón, y los cuerpos se unen en un abrazo más o menos involuntario. Primera batalla ganada gracias a las buenas maneras: el contacto físico hace palpar el corazón de la Presidenta y además la conducta de Valmont es del todo impecable.

La **conversación** será la fuerza de Valmont. Habla de todo con juicio (carta VIII), dice la propia Presidenta, reconoce sus propias faltas... El aire de modestia no puede faltar. No habla nunca de él, sino de los demás, y con respeto y admiración (carta XI).

23 Es Madame de Genlis la que lo dice en sus comentarios sobre las costumbres de la corte parisina en el XVIII a la hermana de Napoleón (que necesitaba unas clases aceleradas de cómo comportarse en la corte). Cf. la reedición de este texto a cargo de Chantal Thomas en París, Mercure, 1996.

24 *Op. cit.*, p. 114.



Como sabe que la curiosidad ha llevado a la Tourvel a enviar un criado suyo a que le siga para saber qué hace cuando sale por las mañanas, finge causas altruistas (carta XXII). Va al pueblo y socorre a una familia que está en la más completa miseria. La **generosidad** para con los necesitados es otro de los principios del buen cortesano. Cuando la Presidenta desvela en sociedad la proeza de Valmont, este *desplegó toda su modestia* una vez más (él mismo así lo dice en la carta XXIII a la Merteuil). Pero la tía de Valmont decide que se merece un beso, y él, claro, se deja besar por su tía y también por la Presidenta, que ha caído nuevamente en su propia trampa. A esta escena, sigue la de la confesión del amor. Contraviene las normas, como hemos visto. Pero a Valmont se le escapa en el momento en que su víctima está aún bajo los efectos de la buena acción del vizconde, y además añade de inmediato que no se sienta ultrajada porque no tiene ninguna esperanza. La sensibilización de ella es tal que *estuvo tentado de aprovecharse del momento*. Pero un perfecto caballero nunca haría eso.

No son las comidas, el arte de la **mesa** elementos en apariencia fundamentales en esta obra, como puede serlo, por ejemplo en las *Memorias* de Casanova, una maravilla del género en este sentido,<sup>25</sup> pero sí es cierto que los personajes desayunan comen y sobre todo cenan constantemente a lo largo del relato, momentos mundanos en los que la conversación es un elemento clave de las relaciones entre los personajes.

La Presidenta solicita la **amistad** de Valmont para neutralizar su amor. La amistad es propia del perfecto, razonable y respetuoso caballero. Una amistad limpia y generosa, exenta de pasiones que podrían parecer impropias de alguien que «sabe vivir», sobre todo a los ojos de una mujer burguesa casada como la Tourvel. Pero Valmont va más allá en las formas que otros seductores. El principio de la **sinceridad** es el primero que debe regir las relaciones de una amistad pura y auténtica. Y, sinceramente, no puede decirle que no la ama cuando no es cierto, aunque la ame con todo respeto. Y, de todas formas, ¿qué es el amor sino la más tierna amistad? Otra batalla, difícil ésta, ganada.

Si la Presidenta le dice que se vaya, Valmont se va; respeta que no conteste a sus cartas, obedece, al menos en apariencia, todas sus órdenes. La obediencia, la **sumisión** a la voluntad de la dama es otro precepto de cortesía.

Por fin consigue Valmont la confesión de Madame de Tourvel. Ella también está enamorada. Nada más. Valmont espera. Un día encuentra a la Presidenta delante de la habitación de ésta. Empieza la conversación en la puerta y acaba entrando con ella imperceptiblemente. Valmont conduce el diálogo al tema amoroso, la conversación sube de tono... y ella se desmaya, recupera el sentido y le pide de rodillas que la deje porque si no morirá. Él la deja (carta XCIX).

25 Cf. la excelente edición llevada a cabo a partir del texto integral del manuscrito original en francés por F. Lacassin y H. Watzlawick para Robert Laffont, col. Bouquins, París, 1993.



Un hombre de mundo nunca puede aprovecharse de una mujer.<sup>26</sup> Es la prueba, además, para la ingenua Madame de Tourvel, de que Valmont no es un pérfido seductor que podría haberse aprovechado de ella y no lo ha hecho. Sin caer en la práctica devota, en desuso en el siglo de las Luces, la **rectitud de conducta** es indispensable. Teniendo en cuenta que la Presidenta sí es devota, ¿qué mejor medio de convencerla de la irreprochabilidad de Valmont, a pesar de sus errores pasados, que por medio de un sacerdote al que este ha ido a confesarse? Cuando el reencuentro se produce y parece todavía resistirse la Presidenta, Valmont la **respet**a, una vez más, aunque, según dice, eso le cueste la muerte. La respeta hasta que ella se entrega, respetando una vez más las convenciones.

Hemos visto que hasta ahora Valmont cumple todos y cada uno de los principios de comportamiento mundano y galante al que anteriormente nos hemos referido.<sup>27</sup> Sin embargo, Valmont va a cometer una **incorrección**, la peor de todas, la que anula la *politesse* anterior. Porque como buen libertino lo único que quería demostrar Valmont es que para seducir es capaz de adoptar cualquier máscara, la de hombre *poli* y que *sabe vivir* en cualquier caso, pero que no cree más en esas convenciones que en ninguna otra que limite su libertad de ser humano.

Una indelicadeza querida, voluntaria, rebelde. Ha demostrado al mundo, a los mundanos que él lo es más que nadie, pero en realidad él está, como buen libertino por encima de toda norma de cortesía, de saber vivir, de educación sentimental. Bien educado sentimentalmente, parece haber sido el iniciador de Danceny, por una parte, a quien da consejos para cortejar a Cécile, y de la Presidenta de Tourvel por otra, que tan poco sabía de la vida ni de los sentimientos. Pero la violación de la amada de Danceny desvirtúa, pervierte totalmente la educación que éste ha recibido, y en la que no podrá creer tras enterarse de la verdad, y la ruptura con Madame de Tourvel confesándole que todo ha sido una frivolidad por su parte, anulará toda la fuerza de la sensibilización de su amante, que quedará tras ello, estéril, incapaz de todo sentimiento.

26 Con Cécile Volanges es distinto. No la está seduciendo, y Cécile no conoce las normas sociales así que no tiene por qué fingir que las respeta y practicarlas. Además hace el amor con Cécile no tanto para contentar a la Merteuil como para vengarse de Madame de Volanges, que le está dificultando la seducción de la Presidenta de Tourvel. Una mujer, la Volanges, que juega a intachable y fue su amante hace ya bastantes años... ¿quince? ¿Podría ser Cécile hija de Valmont? Lacos parece aquí querer sugerir el incesto, de ahí también que Valmont fuerce (dentro del imaginario del incesto parece obligatorio) a Cécile en lugar de esperar su consentimiento.

27 No hemos aludido a las comidas, numerosísimas sin embargo en el relato. No obstante, en este caso, y aunque en varias ocasiones se sobreentiende que el comportamiento del vizconde era perfecto en la mesa, puesto que era un invitado bienvenido, no aparece éste detallado, ni las viandas ni la estética de la situación. Sólo en una ocasión, cuando vuelve a ver Émilie, emborracha en la cena al holandés que la mantiene, haciendo ver que sólo alguien tan poco *poli* como un holandés es capaz de caer en esa falta de gusto. Gracias a ello vuelve a disfrutar de los favores de Émilie,... y de su trasero como escritorio.



El más educado en las virtudes mundanas, el mejor conocedor de la educación sentimental es el mayor perversor de las mismas. En ello reside el virtuosismo del seductor. *Se-ducir*, apartar del camino, y para hacerlo hay que conocer muy bien el camino. *Seducir*, mentir, engañar, y para mentir hay que conocer muy bien la verdad.

*Las Amistades peligrosas*: tratado de educación sentimental de los jovencitos para pervertirlos mejor. Porque sólo se pervierte a quien conoce las normas. Sólo peca quien sabe que está pecando. Pero el que juega con fuego acaba quemándose... ¿merece la pena? Aprendamos a comportarnos como mundanos, a educar nuestros sentimientos, y ya veremos, ¿no les parece?